



La sensación general es la de que Luciano Liggio, en el momento de su detención en Milán, no era ya un grande de la Mafía, sino un hombre caído, quemado. Probablemente no está en disposición de comunicar grandes secretos, y aun si está en posesión de ellos, no los comunicará.

bromas? ¿Cómo no había sido avisado, advertido? Y otra: ¿Qué había precisamente en Milán? A la primera pregunta se suele responder estos días en Italia que la mafia mayor, la «grande mamma», ha querido desprenderse de él, y quizá él mismo lo sabía y lo aceptaba. Era, tal vez, «un personaje incómodo». ¿Por su presencia en Milán? De la misma manera que Liggio había descendido del medio rural de Corleone al medio urbano de Palermo, había pasado del Sur pobre al Norte rico. A Milán, donde con el mismo esfuerzo delictivo los beneficios pueden ser mucho mayores. Donde los secuestros son una «excelente inversión». Había abandonado el terreno fácil de Sicilia para entrar en una zona mucho más compleja. ¿O forma parte, quizá, esta detención de las venganzas entre el «clan» de los marseleses y el «clan» de los sicilianos en el asunto de la droga?

Otra pregunta: ¿Qué va a suceder ahora? Liggio sigue en el Norte: se le ha encarcelado allí y se le mantiene —la Policía de Finanzas no le pierde de vista ni de día ni de noche— a pesar que Palermo le reclama por sus crímenes anteriores. Su mujer ha quedado

en libertad, y se dice que es fruto de un pacto: por dejarla libre, Liggio ha prometido «colaborar». ¿Va a contarlo todo? ¿Va a dar nombres, datos? ¿O está ganando tiempo?

La sensación general es la de que Luciano Liggio no era ya un grande de la mafia, sino un hombre caído, quemado. Probablemente no está en disposición de comunicar los grandes secretos, y si está en posesión de ellos, tampoco los comunicará. Debe estar pensando simplemente en cómo amueblar la celda del penal al que sea conducido, cómo hacerse servir excelentes comidas durante unos años. Y al final de ellos, cuando la sentencia haya sido cumplida, con los recortes de los indultos, de las amnistías o de las reducciones parciales, volver a vivir la vida tranquila del burgués acomodado de un barrio elegante de Milán: el personaje que había representado durante estos últimos años, con tal poder de convicción, que sus ricos vecinos jamás habían sospechado nada. Y probablemente con tal poder de convicción, que él mismo sigue dispuesto a representarlo en cuanto salga de la cárcel, como un jubilado prematuro... ■

Los Contem pora neos

CUANDO VUELVEN LOS ROJOS

Diego Galán venía espantado de Barcelona. El muchacho (cultiva el estilo muchacho) presentaba por primera vez unidad en sus pelos, que habitualmente son independientes unos de otros y viven su propia vida: estaban erizados. Los musculillos horripiladores habían funcionado

cuando escuchó la conversación que quiso dedicarle Ramón J. Sender, traído a España en la bolsa marsupial de Castillo Puche (al fondo, Ricardo de la Cierva): había oído al glorioso anciano cosas que no cuadraban con su imagen interior. "Dice que no cree en los partidos políticos", murmuraba. El viejecito de la Redacción intentó tranquilizarle: "Eso pasa en las mejores familias". "Cree que la sociedad humana está basada en la supervivencia del más fuerte". "Es que él mismo es un superviviente..."

Superviviente de sí mismo. Es terrible haber cuajado la vida en torno a un momento, a unos años, y vivir después sobre esa involución. Es terrible el exilio larguísimo, injusto, y volver de él. Pero, ¿se vuelve alguna vez del exilio? Vienen como Orfeo volvió de los infiernos: se les dice, se dicen así mismos, que es necesario no volver la vista atrás. La vuelven, y se desvanece para siempre la sombra querida de lo que amaron, de lo que vivieron. La sombra de ellos mismos. El exilio no es una condición exterior: termina calcando los huesos, formando parte de su propia víctima. Forma una segunda naturaleza. Una manera de ser. Una manera de no ser. La patria no es solamente un espacio: es un tiempo. Lo peor que se ha hecho con los cientos de miles de españoles del exilio no ha sido sacarles de su espacio, negarles su espacio: ha sido ne-

garles su tiempo, dejarles sin él. Suspendidos en una especie de vacío.

Estas horripilaciones de los muchachos se producen de manera periódica. Ya ocurrieron con Don Pio, con Ortega, con Marañón. Más tarde, con el pulcro maestro de escuela Alejandro Casón. Los muchachos

esperan encontrarse con los rojos, y se encuentran con unos gloriosos conservadores. Las oscuras golondrinas que escribieron sus nombres bajo los balcones de "Delenda est monarchia", de "Siete domingos rojos", de los manifiestos "Al servicio de la República" o de la "Alianza" vuelven y no vuelven.

Otros, en cambio, destellan, viven, vibran y mueren. Como Max Aub y su inolvidable mirada, como de aumento, capaz de verlo todo y de captarlo todo, cuando vino con la muerte ya dentro. A veces mueren lejos con la voz entera, como León Felipe ("... yo no ahueco mi voz para asustaros..."). Otras veces viven y se desviven en las fronteras, en los alejados: como Pau Casals, como Picasso, como Alberti. Son los que han sabido hacerse su propio tiempo para sustituir el que les fue arrebatado.

Alguien, sádico, propone en la Redacción que se envíe a Diego Galán a conversar con Madariaga. "No lo resistiría", dice el bondadoso ancianito de la Redacción: "Don Salvador puede ser demasiado para él. Es casi un niño...". "Y además dicen que no viene, que es de acero y diamante, y que su resistencia es infinita". "Tampoco resistiría volver —dice el viejecito—; se encontraría todos estos aires de apertura y se desmoronaría. Tendría que volverse a ir. Aquella vez se fue porque era de izquierdas, y ésta tendría que irse por ser de derechas..."

POZUELO